LOS REBELDES

«Nuestro deber es: luchar para vivir y vivir para luchar».

Uno de los motivos principales del malestar social de los pueblos es, a no dudarlo, el desequilibrio económico en que hasta la fecha se ha encontrado la clase productora.

En el campo, en la fábrica, en los talleres, almacenes, y por cualquier lado que se rebusque, sólo se encuentra palpitante la explotación del rico contra el pobre, y de ahí su aliento de emancipación y su gesto de sublime rebeldía.

Las pruebas son claras y concisas, sencillas y elocuentes:

Lanzad una mirada escudriñadora sobre los campos y veréis en los surcos grisáceos, multitud de seres que, bajo un sol tórrido, permanecen encorvados, trabajando largas horas, sin descanso, para ver de ganarse un salario irrisorio, por lo que sólo encontramos en ellos abyección y miseria; su traje está en completa paridad con su intelecto; su vida no es vida, es una completa vegetación; el lugar que habita está muy lejos de nombrarse casa; su alimento es en tal escasez, que es imposible satisfaga su necesidad y, por lo tanto, llene su objeto. Nace, vegeta y muere sobre una tierra que jamás fué suya y, si procrea familia, ésta seguirá siendo de esclavos, como lo fueron sus progenitores.

Llegad a las ciudades rumbosas, aristocráticas y derrochadoras y veréis un movimiento que habla muy en grande del progreso alcanzado; pero también veréis a los factores de este progreso arrastrar su desnudez y presentar sus rostros flácidos y demacrados, que demuestran a las claras la falta de savia que es necesaria para llenar tanto el espíritu como la materia física.

¡Y pensar que éstos son la inmensa mayoría!

Esta es la causa por la que en todos los tiempos y en todos los anales que registra la historia, en cualquiera de sus etapas, encontramos hombres que, adelantándose a su época, se han revelado contra ese sistema y han luchado contra él por medio de la razón o por medio de la acción.

Así, pues, una reforma radical es completamente necesaria; de ahí viene nuestra encuesta ya emprendida; este es el lineamiento que nos norma, la concepción más grande que abrigamos y los anhelos de los que soñamos con mejores días.

RAMÓN N. GALINDO.

Desde aquí vemos el gesto de desdén que harán los enemigos del sindicalismo, y seguramente agregarán: «¿Qué tiene que ver esto para que los sindicatos apoyen a los no sindicados?»

¡Mucho!

Al aceptar esta condición, los sindicatos se inocularían el virus que fatalmente produciría su descomposición, su destrucción irremediable. Los obreros, al unirse en sindicato, adquieren derechos o, mejor dicho, se ponen en condiciones de poder hacer valer sus derechos.

Los que antes eran despóticamente atropellados, vejados, escarnecidos, consiguen, por medio de la unión, que el patrón los respete, que se les considere como seres humanos, y logran, al fin, imponer su justiciera voluntad a los explotadores.

Pero, al mismo tiempo que alcanzan estas ventajas, contraen otros deberes que antes no tenían, pues no es cuerdo creer que podamos mejorar nuestras condiciones sin hacer ningún esfuerzo para conseguirlo.

Los deberes de cada sindicado consisten en velar constantemente por la buena marcha de la agrupación; asistir a todas las juntas o asambleas que se verifiquen; contribuír con la cuota que ellos mismos se fijen, para cubrir los gastos que ocasione la conservación y administración del sindicato; apoyar a los obreros de otros gremios cuando lo soliciten, y practicar la solidaridad con todos los compañeros, siempre que sea necesario. Además, para que un sindicado pueda decir que cumple con su deber, debe estar siempre dispuesto a aceptar cualquiera comisión que la Asamblea le encomiende, y esforzarse por desempeñarla lo más satisfactoriamente posible, arrostrando con entereza las penalidades que ello le ocasione.

Las ventajas que las prácticas sindicalistas proporcionan a los trabajadores son infinitamente superiores a los sacrificios que de ellos se exije; pero, como la mayoría de los hombres no estamos todavía en condiciones de saber comprender lo que nos conviene, y somos muy afectos a rendir culto a la pereza, dejando que los demás carguen con todos los compromisos y trabajos, resultaría, si gozaban de los mismos privilegios sindicados o no sindicados, que la mayoría de los obreros se daría de baja, para quitarse de responsabilidades y desvelos, y al poco tiempo desaparecerían por completo los sindicatos, o quedarían tan reducidos, que no representarían ninguna fuerza, acabando por transformarse en esta clase de sociedades mutualistas que no sirven más que para satisfacer la vanidad y las concupiscencias de las directivas perpetuas.

Para demostrar la inconveniencia de la cláusula a que nos referimos, podríamos exponer miles de razones, todas ellas basadas en la experiencia que la práctica nos ha enseñado; pero creemos que por hoy con estas basta. Y no se nos diga que teniendo el reconocimiento jurídico contaríamos con el apoyo de la autoridad, porque en la mayoría de los casos la autoridad no puede hacer nada. De ello tenemos una prueba reciente: Los compañeros sastres, de Morelia, a pesar de contar con dicho apoyo, acaban de perder una huelga, y la única ayuda efectiva que tendrán será la que les preste el Sindicato de Cortadores Sastres de esta ciudad, el cual les ha ofrecido su ayuda pecuniaria y trabajo.

Para que lo que dejamos asentado no pueda prestarse a torcidas interpretaciones, que los enemigos podrían esgrimir, recurriendo a sus acostumbrados juegos de palabras, debemos hacer constar que los sindicatos están siempre dispuestos a prestar su fraternal apoyo a todos los trabajadores que todavía no estén organizados, a condición de que se sindiquen, aprovechando la primera oportunidad.

Y por último, dos palabras para aquellos revolucionarios que no habiendo tenido ocasión, cuando eran obreros, de formar parte en ningún sindicato, nos miran ahora con recelosa prevención:

Los sindicatos libres, potentes y enérgicos, son una fuerza latente tan formidable, que si los enemigos de las libertades populares volvieran a levantar la cabeza, bastaría su solo concurso para aplastarlos otra vez.

Esta opinión no es sólo nuestra. De ella participan muchos revolucionarios que han dado pruebas de su desinteresado amor a la causa que todos defendemos. Y el ciudadano Alvaro Obregón lo ha proclamado públicamente, al afirmar que la reacción sólo por el pueblo podrá ser vencida.

JUAN TÚDO.